

Ginés Sánchez

ENTRE LOS VIVOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GINÉS SÁNCHEZ
ENTRE LOS VIVOS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: septiembre de 2015

© Ginés Sánchez, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-142-0
Depósito legal: B. 15.279-2015
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impresión: Limpergraf, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Pantalla uno: Luz	13
0. El berserker.....	15
1. En la calle.....	19
2. La casa	26
3. Janislyn y Lobodeodín	30
4. De gestiones	35
5. Más gestiones	40
6. Susana	47
7. Janislyn y Lobodeodín	53
8. El asunto Tadeo	60
9. Enero bajo cero.....	66
10. Un chorro de luz	72
11. Janislyn.....	78
12. La Auténtica	85
13. Cosas del mundo	93
14. Fantasías animadas.....	101
15. Raquel.....	109
16. Lo macabro cotidiano	116
17. Nadiezza	125
18. Raquel.....	130
19. Nadiezza y Sofía.....	134
Pantalla dos: Oscuridad	141
0. El berserker.....	143
1. Cojeando	146
2. Gusanito en sí.....	153
3. Por Pearl.....	156

4. Gusanita oscuro	162
5. Y más oscuro.....	169
6. Alemania.....	176
7. Raquel.....	183
8. Por Pearl.....	191
Pantalla tres: Luz oscura	199
0. El berserker.....	201
1. Prácticas de tiro.....	204
2. Los vivos.....	212
3. Prácticas de tiro bis.....	218
4. Credit default swap.....	226
5. Raquel.....	234
6. Comita Naninos.....	242
7. Teresa y las opciones	248
Pantalla cuatro: Pastilla azul	257
0. El berserker.....	259
1. Pastilla roja	261
2. Raquel.....	270
3. Pastilla azul.....	274
4. Todo lo daría.....	281

El berserker esconde un secreto. Pero como si no. Toda la tarde han estado sonando los tambores y en la playa se han balanceado, mansas, las cabezas de los drakkars. Un secreto en su corazón. Como un fuego que llevara años ardiendo en silencio y sin humo. Pero bien se guarda él de dejarlo traslucir. Bien se guarda él de mantenerlo encerrado en el pecho de hierro. En el campamento se han encendido las hogueras y los hombres se aprestan para pasar la noche. El berserker ha preparado el mortero y las setas y se ha sentado en la puerta de su tienda. Su tarea requiere precisión. Por eso se concentra hasta que deja de oír ruidos. A ratos levanta la cabeza y mira a la luna. Que es un farol blanco que navega sobre las copas de los árboles. Del sotobosque llegan los cantos melancólicos de los petirrojos y el berserker agrega cerveza y sangre de buey. Luego sigue machacando y revolviendo. Luego un poco más. Deja el cuchillo y el mazo a un lado y bebe. Un tambor tiembla en su pecho. De la tienda recoge la piedra de amolar y las dos hachas de combate. Durante unos segundos acaricia las afiladas puntas de lanza en que terminan los mangos. Son hachas pesadas. Bárbaras, negras y brillantes. Hechas para que un hombre las maneje con las dos manos. Pero el berserker es más alto y más fuerte que el resto de los hombres. Cuando sale de la tienda, envuelto en su manto de piel de lobo, los guerreros alzan sus lanzas y lo vitorean.

A pasos largos llega hasta el borde mismo del mar. Se sienta entre las rocas a afilar las hachas. Por la mañana serán capaces de cortar la hierba que crece a los lados del sendero. En la pla-

ya pelean los cuervos y las gaviotas. Entre los abetos graznan las cornejas. La noche se estremece y al final se quiebra. Los centinelas, apoyados en las lanzas, se calientan en los restos de las hogueras y vigilan el hacer del berserker.

Gritos, el cantar de los gallos. Y entrechocar de metales.

Y el viento.

Temprano ascienden los vikingos por la ensenada. Desde lo alto el berserker mira por última vez el mar. Un mar pálido, plano y ensopado. Al otro lado de las rocas se abre ya la campiña. Retumban escudos y pasos. Sobre la piedra y el barro.

Hijos de Odín, gritan.

Demonios de Odín.

Lobos de Odín.

La temperatura de su cuerpo sube. Cambian los colores. Desaparecen los blancos, los azules y los verdes. El mundo se convierte en rojos, naranjas y amarillos. Amarilla la hierba y el cielo. Roja su mano cuando se la pasa por la barba y por la boca. Rojo también el sol. También la sangre que espera al otro lado de la colina. El camino queda pronto marcado por altas columnas de humo y en la vaguada espera el ejército del rey. Caballos, armaduras, arcos, lanzas y espadas. Trompetas y blasones. Gritos. Los oídos del berserker zumban de sed.

El aire atruena cuando se abre paso entre los guerreros. Otra vez hay golpes en los escudos y entrechocar de espadas. Cuando llega a la vanguardia mira hacia abajo y deja caer su mantón. Mira con desprecio la cortina de flechas que oscurece el aire. Las siente caer a su lado como una lluvia. Las flechas retumban en los escudos, atraviesan feroces los cuerpos. El berserker alza su arma y carga ladera abajo. Tras él se lanzan en masa los vikingos.

Lo siguen pero ninguno puede alcanzarlo. Es el lobo furioso. El Orgullo de Odín. Aquel que un día se sentará a la derecha del mismo en el gran salón del Valhalla. Ante él los soldados del rey se apartan y quieren huir. Con un hacha en cada mano empieza a sembrar la muerte. Nada puede contra su furia y su fuerza. A su alrededor va creando un vacío que él llena de gritos y de dolor. A su paso de segador enloquecido la hierba cambia

del amarillo al naranja mientras él clava y desenclava, hiende, atraviesa, siega y quiebra. Lo hieren pero él no siente el dolor ni retarda su marcha. Se abalanza contra muros erizados de lanzas. Resiste a pie firme el embate de caballos acorazados que hacen temblar el suelo a su paso. Las hachas retumban contra las corazas y los cascos. Sus oídos están llenos de los gritos espantosos de los heridos y de los que mueren.

Rojo es el sol. Roja su piel. Roja la sangre derramada en la que va bañado.

Pero guarda un secreto. Un estremecimiento. Una campana en el corazón.

Porque está decidido. Desde hace ya tiempo. Desde mucho antes de la noche fría. Desde mucho antes de que los drakkars partieran de las lejanas tierras del norte.

Porque, se dice, ya no.

Ya no.

Aun así, grita y arremete a través del suelo sembrado de cuerpos mutilados. Avanza y los vikingos avanzan a su lado. Los hombres del rey vacilan y por los flancos se percibe el movimiento envolvente y la retirada. Hay una ciudad más allá. En el desfiladero, junto al camino blanco, entre los abetos, tiene lugar el último combate. El berserker sigue matando. Vivir es matar. Vivir es la sangre bajando en arroyos y desde las colinas. El sonido ensordecedor de la muerte cabalgando por los campos vacíos de vida. De pronto se ríe. Su risa es estruendosa y levanta a las cornejas y las calla. Alza sus armas y se vuelve. Y vuelve a cargar. Pero no contra los soldados del rey sino contra sus propios guerreros. Los vikingos se agrupan para defenderse de él. Al final cae. Alza las hachas al cielo color del acero y abre los brazos para recibir a la muerte. Su cuerpo se estremece y se vence. Mientras se desvanece, mientras presiente su propia disolución en esa bruma que lo es todo, tiene una última visión. Algo se ha desgajado de él, ha brotado de su cuerpo muerto y ha adquirido una repentina sustancia. El berserker aún ve. Un pájaro blanco, una lechuza de las nieves, se ha abierto camino a través de los restos de lo que él era. La ve volver la cabeza, mirarlo. Aletear suavemente rumbo a la rama de un árbol cerca-

no. Para tener perspectiva. Los ojos de la lechuza y los del berserker se encuentran un instante. Después el ave vuela. La ve ascender, planear majestuosa en la corriente, marchar hacia las granjas en llamas. Hacia la playa sobre la que, de pronto lo sabe, está cayendo una suave nevada.

Una silenciosa nevada.

Tú, le había dicho Montoya por teléfono la tarde antes, léete bien los papeles antes de firmar nada.

Que el Mario es un cabrón.

Que tiene instrucciones de ir a por nosotros.

Que al Sebas se la hicieron.

Y que a mí me la han querido hacer.

Solo que le he dicho que ni mierdas.

Que fuera a por mí si se atrevía.

Que entonces yo me iba a por Tadeo.

Y a ver qué pasaba.

Que al Sebas se lo pusieron bien claro. «O firmas o llamo a tu esposa y le cuento el pastel.»

Y ahí, el pobre, qué iba a hacer. Pues a firmar.

En plan baja voluntaria y sin paro.

Y que eso quería hacerme a mí.

Y eso es lo que van a querer hacerte a ti.

Que ellos no sacan nada. Que les da igual. Pero que es por joder.

Así que, ojo.

Pero, decía Gusanito, ¿te han dado la indemnización y el finiquito?

No, decía Montoya. Ni mierdas.

Que finiquito no. Que ni soñarlo. Que nos vayamos al juzgado a reclamarlo si queremos.

Y que es despido procedente, coño, que no hay indemnización. ¿Que no estuviste en la carrera o qué?

Así que ahí, decía Montoya, tú dile que o te da lo tuyo o que le mandas la inspección.

Que ahí no le queda más remedio que rajarse.

Era viernes y hacía calor. Un calor pegajoso que arrancaba tiras de piel. En la casa daba vueltas y sudaba. Un león en una jaula. Tal vez había conseguido dormirse a eso de las dos de la mañana. Sin embargo, el hecho era que a las cinco ya estaba otra vez despierto. A partir de ahí había dejado de intentarlo. En el ordenador volvió a meterse a todo. Leyes laborales, bajas, indemnizaciones. Paro. Sobre todo el paro. Que era duro aquello de andar trasteando por los trapecios sin el consuelo de la red. Se dijo que nada de lo que mirara a última hora le iba a servir contra Mario. El gran cabrón asesor todopoderoso. Como a las siete sintió que refrescaba un tanto. Aun así siguió sudando. Tanto sudó y tan mal olía aquello, que cuando fue la hora de salir para la asesoría tuvo que tirar el niqui a la ropa sucia y ponerse otro. Tampoco le sirvió de nada. En la asesoría la secretaria arrugó la nariz y levantó una ceja al verlo llegar. A esta, se dijo, se lo han contado todo. Pero bien. De arriba abajo y sin escatimar en detalles. Mario, la voz de la secretaria fue un adecuado siete octavos de hielo, está reunido. Había unos sillones allí. Y una mesa de cristal. Ahí se sentó.

La secretaria era nariz aguileña y ojos oscuros y penetrantes. Dos veces volvieron a cruzarse sus miradas. Dos veces sintió Gusanito el mismo mensaje. Por supuesto que la conocía. De haber ido él a la asesoría a firmar contratos y también de que alguna vez había ido ella al restaurante a cenar. Alguna cena de empresa también. El mensaje que contaba su mirada era claro: «Tú eres un cabrón. Tú eres lo peor». Y que no podía él más que agachar la cerviz y concentrarse en las revistas de la mesa de cristal. El aire acondicionado zumbaba suavemente. Gusanito no volvió a levantar la vista hasta que sintió voces que se aproximaban por el pasillo. Mario, el gran asesor, venía acompañando a otro hombre. Hubo frases cálidas y entrechocar de manos. Luego el otro se fue y Mario miró a Gusanito y se congeló el infierno.

Pasa, le dijo. Pasa.

Mario era alto y tenía la cara picada por algún acné juvenil mal resuelto. Fue sentarse ante el otro y que Gusanito rompiera

otra vez a sudar. Mario lo miró durante diez, quince segundos. Luego le tendió un papel y un bolígrafo.

Esto, le dijo, es para que lo firmes. Gusanito cogió los papeles y los fue leyendo. Miró a Mario.

Yo, dijo, no firmo esto.

¿No?

No.

Mario se echó hacia delante en el sillón y cogió los papeles. Los miró un momento y luego los rompió en cuatro. Miró a Gusanito.

Pues ya puedes irte, le dijo. Gusanito no se movió. Ahora sí que sudaba. Y aquello olía fuerte. Se aclaró la garganta.

Necesito, dijo, mis papeles para el paro.

No hay, dijo Mario.

Te vas al juzgado, siguió, y reclamas lo que quieras.

Este, señaló los trozos que descansaban sobre la mesa, es el único papel que hay para firmar.

Así que, si no lo quieres firmar, ya te puedes ir. Mario se levantó del sillón pero Gusanito siguió sin moverse. El mundo se le venía encima y se dio cuenta de que, en esas, se le quebraba la voz. No llores, cabrón, se dijo, le dijo aquella voz que le sostenía el andamio. Sé un hombre. Logró emitir un quejumbroso gemido.

No es justo, dijo. Mario lo miró como si la paciencia se le hubiera despeñado por un desfiladero.

¿Justo?, dijo, lo que no es justo es que yo tenga que recibir en mi despacho a hijos de puta como tú y tus amigos. Lo que no es justo es que Tadeo, que es un buen hombre, tenga que encontrarse con alguno de vosotros por la calle.

Que estáis, siguió, en la lista de pendientes para que os den una paliza cualquier noche.

Y también, siguió, en la de que Tadeo coja un teléfono y llame a tu hermana o a tu madre y les cuente la historia.

Y que, Mario volvió a sentarse, por mis huevos que te quedas sin paro.

A Montoya, dijo Gusanito, se lo habéis dado.

Vale, dijo Mario, pues a ti no.

Y que, siguió, si tengo que hacer un garabato con tu firma, pues lo hago.

Y ahí vas y te buscas la vida.

Y que, seguía, si fuera por mí, presentaba una demanda contra vosotros por daños y perjuicios.

Por los que habéis causado.

Así que, siguió, tú dirás.

Hacía calor. Mucho. A pesar del aire acondicionado. Sonó el teléfono y Mario lo cogió. Siguieron cinco minutos de historias de empresas y bajas y convenios. Gusanito tenía los pedazos de la carta de la baja voluntaria en las manos y jugaba con ellos. En la mesa los archivadores, los expedientes y la calculadora. El ordenador y un portarretratos. Una niña rubia y una mujer morena. Guapas. Dientes perfectos. Las pieles muy blancas. La mujer, tal vez, con los ojos azules. La foto está tomada de muy cerca y los rostros ocupan la totalidad de la imagen. Al fin Mario colgó y los dos se miraron. Gusanito volvió a dejar los papeles en la mesa. Mario tamborileaba con los dedos.

¿Y qué pasa, dijo Gusanito, con la Inspección de Trabajo? Los dedos de Mario perdieron un segundo el ritmo. Luego siguieron.

Pasa, dijo, que no tienes huevos.

Ni para eso ni para nada.

Pasa que si yo fuera y te falsificara la firma, que es lo que va a pasar, lo único que harías sería ir a esconderte a tu casa a seguir llorando.

Que nos conocemos, César, coño. Que ya son años el uno enfrente del otro.

César Gusanito Gálvez volvió a oler su propio sudor y miró fijamente un segundo a Mario. Luego miró los dedos que seguían tamborileando sobre la mesa. Se dijo que por algún sitio tenía que haber un poco de luz. Que lo mismo el propio hecho de que el otro se hubiera vuelto a sentar significaba justo eso. Solo que era ya. Ya o irse. Volvió a sentir a Montoya diciéndole. Los ojos de Mario eran oscuros.

No me ofreces nada, entonces, dijo.

No, dijo Mario.

Entonces, dijo Gusanito, no me dejas más que la opción que me dejas.

Esta vez fue Gusanito el que se levantó. Mario se levantó también y fueron los dos hacia la puerta. Ahí Gusanito se detuvo un segundo. Que me voy, dijo, directamente a la Inspección de Trabajo. Voy y les cuento todo.

Pues, dijo Mario, no te olvides de contarles lo que hicisteis. Gusanito se encogió de hombros. Se encogió de hombros pero sintió que le temblaban las rodillas y que se le encogía el estómago.

Si en media hora no me has llamado, dijo, voy directo. Mario se adelantó un poco, se puso muy cerca de él.

A ver, dijo, casi siseando de rabia, si la hostia que te mereces te la voy a dar yo todavía.

Gusanito lo miró un momento y se dio la vuelta. Por el pasillo fue solo. La secretaria lo miró al pasar. Miradas que ametrallan. Ya en la calle encontró que la ciudad hervía como nunca. Como siempre. Se miró en un escaparate al pasar. La cabeza bien grande. Y aquel pelo crespo. Y aquellas piernas flacas y sin fuerza. Y aquella barriga. Y la camiseta empapada y pegada al cuerpo. Y la piel como si se la hubieran estado restregando con sebo unos enanos cabrones. Se dijo, se lo había dicho un millón de veces, que el infierno no implicaba demonios ni historias. Que el infierno era que fuera verano y que lo soltaran a uno en medio de la calle a la una de la tarde. Y en una ciudad llena de coches. Buscó la sombra y trató de serenarse y respirar. El sol incandescente borraba los colores hasta convertirlos a todos en tonos de azul. Un jardín. Al otro lado de los cuatro carriles atestados. Esperó a que el semáforo cambiara y cruzó. Sentado en un banco se atrevió a mirar las copas de los árboles. Respiró hondo y sacó el teléfono del bolsillo. Se lo quedó mirando como si ahí estuviera la respuesta. No lo volvió a guardar. Lo dejó a su lado. Cerró los ojos. Echó la cabeza hacia atrás.

Se imaginó la escena sin demasiados problemas. Tadeo rojo de furia, como él se ponía, llamando a Mario. Diciendo mira estos cabrones. Mira lo que han hecho. No les des ni agua. Ve a por ellos. Cárgatelos. Y Mario también enfadándose y enten-

diendo. ¿Y qué, se dijo, si llaman a mi madre o a Teresa? Pues que digan que sí, que yo ya diré que no. Que no mil veces. Que yo no estaba en eso. Y punto. Pero que ahí estaba el problema. Y en lo otro. En lo de que Mario se pusiera y firmara por él. En lo de entonces qué. Cómo se sabe. Qué hay que hacer. Y un abogado. Al que habría que contarle todo. Que pondría esa cara. Y que, se dijo, los abogados cobran. Un chingo. Y mientras tanto, mientras que sí que no, nosotros ahí sin paro y sin un duro. Así que a ver cómo le pagamos a un abogado. Y a ver, de paso, de qué vamos a comer.

La mirada se le iba al teléfono. El teléfono seguía mudo. Sudaba como si estuviera en galeras. Con Ben Hur. Eso y que no había aire en el mundo. Empezó a toser. Puedo, se dijo, llamar a Tadeo. Decirle que lo siento. Que me perdone. Dejarle que me eche la bronca. Que escupa toda la bilis. Ahí poniendo cara de bueno y tragando. Lo que sea. Luego se dijo que no. Que había que considerar otras cosas. Otros factores. Como por ejemplo que Mario tenía que ser responsable y que ahí estaba el quid del asunto. Porque Mario, al fin, tenía que velar por los intereses de su cliente. Y quién sabía si también por los suyos propios. Y que eso de falsificar firmas era cosa de películas y que ahí el otro lo mismo se la estaba jugando entera. Y que también era que a Tadeo, aparte de la inspección que pudiera caerle, en esas que tampoco le interesaría que el tema tuviera mucha publicidad.

En esas se animó un poco pero el teléfono no sonaba. Y que la media hora de margen que le había dado a Mario como que ya había pasado. ¿Y quién, se decía, es el ingenuo aquí? ¿El Mario no tiene los cojones pelados de hacer cosas como esta? Esperó un poco más. Allí, como a tres calles de la asesoría. Y que tampoco tenemos, se decía, nada mejor que hacer. Estaba pasándose la mano por la cara para quitarse el sudor cuando sonó el teléfono. Miró y era un fijo. Lo cogió y era la secretaria de la nariz aguileña. Que si podía ir. Su voz no traslucía nada. Ni tenía por qué. Si me llaman, se dijo, es porque sí. Porque, se dijo, si fuera que no, entonces sería más bien un hasta siempre. Y, se dijo, a ver. Se levantó del banco y en cinco minutos estuvo allí. La se-

cretaria y su cara impenetrable. Y que esperara. Gusanito se sentó en los sillones y una impresora empezó a vomitar papel.

Me ha dicho Mario, dijo la mujer, diez onceavos de hielo ya, que firmes esto.

Gusanito cogió los papeles y fue mirando. Certificado de empresa. Carta de despido. Por reiteradas faltas de asistencia. Finiquito por cien euros y un recibo de la nómina de julio. Todo, por supuesto, como dado por cobrado. La secretaria le fue marcando con un lápiz los sitios en los que tenía que firmar y luego le dio sus copias. Los ojos de los dos se toparon de nuevo y Gusanito volvió a ver el asco y volvió a bajar la mirada. Se dio cuenta de que, por algún motivo ajeno a su comprensión, no podía soportar que ella supiera. Eso en la recepción porque luego, ya escaleras abajo y con sus copias bien dobladas y en la mano, iba pensando que bien le podían ir dando. A la muy tonta.